

# La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

## POBRES Y POBRES

### I

—Don Ramiro, está usted flaco! ¿Está usted malo?

—No estoy malo, tarambana.

—¡Pues si parece que le ha chupado a usted la lechuzal!

—Es color mio. No soy de más carnes.

—¡Ca!, Don Ramiro. Tiene usted el cuerpo flaco, pero el bolsillo gordo.

—Mira, Pepito, ves á tu camino, y déjame en paz.

—Bueno, pero ya sabe usted que me ha de dejar algo cuando se muera.

—Donde te dejaré será en la puerta del Loreto con una caña.

—¡Ja, ja, ja! Pero le veré á usted pasar entre cuatro echo una chufa.

Hasta luego, Don Ramiro. Que no me olvide usted en el testamento.

—Anda, anda, botarate, y que Dios te tenga de su mano.

—¡Ja, ja, ja!

Estos diálogos pasaban á menudo entre Pepito Triunfo, acaudalado calavera que lo mismo se gastaba lo suyo que lo ajeno, y su vecino Don Ramiro Chupe, perteneciente á la clase de los que se han empeñado en dejar por embustero el refran que dice que *ningun perro lamiendo engorda*, y de quien Pepito decía que mantenía los gatos con bromas; al paso que don Ramiro asignaba á Pepito para lo futuro la puerta del Loreto, sitio predilecto de los pordioseros, y el báculo de caña, instrumento muy principal del oficio.

—¡Cómo está el mundo!—pensaba Don Ramiro viendo alejarse á su vecino.—¡Cómo está la juventud! De aquí á cuatro dias se ha quedado este pobre chico sin un céntimo, y entonces vendrá á que uno le socorra. ¡Es esto gordo que los que nos afanamos por guardar un pedazo de pan para la vejez hayamos de ser víctimas de los que todo se lo comen, y se lo beben, y se lo triunfan!...

—Señorito, ¿me toma usted la cuenta? dijo la criada sacando á Don Ramiro de su soliloquio.

—Vamos allá.—y empuñó el lápiz al tiempo que sacaba un sobre viejo cortado por los bordes y extendido para hacer apuntación

—Arroz una cuarta ocho céntimos.

—¿Es que lo han subido?

—No, señor, si siempre me cuesta lo mismo,

—¡Está todo por las nubes!

—Castañas cinco céntimos.

—¿No quedaban del otro día?

—¡Se han agusanado!

—¡Ca, si todo lo falsifican!

Y por este tenor acababa Don Ramiro a cuenta diaria, la cual guardaba cuidadosamente en una carpeta de carton hecha por él para compararla con lo gastado en el mes anterior, y hacer el correspondiente balance.

Tras, tras, á la puerta.

—¡Ave María Purísima!

—Adelante, maestro herrero. ¿Qué se le ofrece?

—La cuenta, Don Ramiro.

—¡Ah, sí! No se le hará á usted tarde.

—Ya ve usted, Don Ramiro, debo el hierro en el almacén, y tengo que pagar el pan de la semana en la tienda.

—¿Y cuánto importa?

—Pues mire usted, cinco arrobas que ha pesado el balcon, á siete pesetas la arroba...

—¿A siete pesetas?

—Ese es su precio, y así lo pagan todos.

—¡Ah!, no señor. Yo no se lo pago á usted más que á seis y media.

—¡Pero por Dios, Don Ramiro, si no saco más que mi jornal escasol! Si el hierro se ha subido, y el carbón de piedra cada dia está mas caro!

—Pues si quieres te llevas el balcon.

—¡Si no estuviese puestol,—pensó el herrero para sus adentros.—¡Buenol! Cinco por cinco veinticinco, y ahora cinco medias son dos y media, que hacen veintisiete pesetas y media.

—¿Pero, maestro, es que no rebaja usted el importe de hierro viejo?

—¿Tambien eso, Don Ramiro?

—¡Pues no faltaba más! Para que lo quiero yo.

—¡Todo sea por Dios!,—volvió á pensar el herrero.—Dos kilos de la aldaba y los picaportes á medio duro la arroba sale á diez céntimos el kilo, que saman veinte céntimos. Me tiene usted que abonar veintisiete pesetas con treinta céntimos.

—Toma.

—¿Y los treinta céntimos, Don Ramiro?

—¿Tambien te he de pagar los picos?

¡Parece mentira que te pongas por eso!

—¿Y usted no se pone?

—Anda, anda. Otra vez irán demás.

Y el herrero se salió tragándose unas pelotas de saliva como puños.

Vuelven á llamar á la puerta.

—Señorito, Don José Ruiz.

—Que pase.

—¡Tanto bueno, Don José!

—Vengo á ver si tiene usted la bondad de pagarme el primer trimestre de contribución de la finca que usted me compró, que como no la ha presentado usted, ha venido tambien este año la contribución á mi nombre.

—¿Y es mucho?

—Cincuenta pesetas con veintiocho céntimos.

Don Ramiro saca cincuenta pesetas y dos perros gordos, y se los entrega á Don José. Este nota que le ha quitado los ocho céntimos de pico, se ataruga, calla, y se sale entre iracundo y abochornado diciendo: ¡Es decir, que después de hacerle el favor de pagar por él y venir á cobrarle, no solo no me regala por comisión los dos céntimos sobrantes y me entrega los treinta, sino que se queda con los ocho que yo he dado por él! Así engordan, pero si así he de engordar yo para ellos todo.

De este modo iba Don Ramiro acrecentando su bolson y menguando sus carnes y las agenas, juntamente con la paciencia del prójimo, cuando un dia vieron parar un carro á la puerta de Don Ramiro, y un grandísimo tropel de chicos y grandes que le acompañaba. Era don Ramiro que venía muy mal herido comida una oreja y buena parte del cuello por un cerdo. Le había acometido un trastorno de pura debilidad yendo á dar una vuelta á sus fincas, y un cerdo que andaba suelto le convirtió en el almuerzo de aquel día.

Mal se puso Don Ramiro con la caricia del cerdo, y fué preciso que un fraile viniera á arreglarle á él las cuentas de toda la vida.

Desde fuera se oían los sollozos de Don Ramiro, y cuando salió el padre de confesarle, Pepito Triunfo, que se hallaba en la estancia, levantando la voz para que le oyera Don Ramiro, dijo al padre con

su habitual zumba: Padre, no se fie usted de ese; que ese no es pecador arrepentido, que es pecador acobardado.

—Siempre estás de broma—contestó el padre;—pero oye tú, oye tú también lo que le acabo de decir á don Ramiro.

—Soy todo oídos, padre.

—Le decía que hay pobres forzados y pobres voluntarios, y que estos son de dos clases: ricos pobres, y pobres ricos. O de otro modo. Que hay pobres de cuatro clases: pobres, pobres dobles, ricos pobres y pobres ricos.

Los pobres son aquellos á quienes Dios no les ha dado riquezas, pero que reciben como de mano de Dios la pobreza; los pobres dobles son los de esta clase que braman dentro de su corazón contra su estado; los ricos pobres son los que por miedo á ser pobres el día de mañana empiezan á serlo desde hoy mismo viviendo miserablemente y siendo la polilla de los demás, por lo cual merecen una albarda, supuesto que lo pasan mal aquí, y es muy fácil que lo pasen mal allá; y los ricos pobres somos nosotros los religiosos que voluntariamente abrazamos la pobreza.

Y fíjate en esto que parece una paradoja ó perogrullada; pero que no deja de ser digno de atención, y que prueba la infinita sabiduría de Dios, y su infinita bondad y amor infinito.

En el momento en que el pobre voluntario se desprende de todo y hace entrega de cuanto posee á Dios quedándose sin nada, en el mismo acto, y no milagrosamente, sino por modo natural, lo tiene todo, y asegurado para toda la vida. Mientras el rico tiene que atender á todo, y ser administrador, y dueño, y albañil, y carpintero, y zapatero, y agricultor, y entender en todo y de todo, como si digéramos que ha de ser guardian, procurador, hortelano, cuestor, etc., etc., el fraile tiene quien cuide de todas sus cosas, y adonde quiera que va sin más que su cuerpo allí halla casa, comida, vestido y cuanto pueda necesitar: cumpliéndose plenisimamente que el que busca el reino de Dios y su justicia todo lo demás se le da por añadidura. Y si á eso se agrega que nosotros estamos contentísimos con servir á Dios sin desear nada, ni atender á nuestro cuerpo más que como escala de la gloria, veas tú si es ó no verdad que somos, como te he dicho antes, pobres ricos.

Y basta de sermón que me está ya sonando la campana en los oídos.

Cuando el padre se salió, Pepito Triunfo, mientras repetía á la tertulia la plática del padre adornada con mil colores y cu-

chufetas, se entretenía en hacer una caricatura de Don Ramiro vestido de fraile y comiéndoselo el cerdo, y el padre tirándole al cerdo del rabo, ó *coledndolo*, como Pepito decía, para que no se lo comiera.

Mucha algazara hubo en la tertulia con las ocurrencias de Pepito, y él, remedando el paso del padre, se salió canturreando:

Medio mundo se rie  
Del otro medio,  
Y yo solo me río  
Del mundo entero.

## II

Si las lia ó no las lia estuvo Don Ramiro; pero al fin pudo sacar el caballo, y salir con vida de la aventura del cerdo, no sin que le quedara algo extraño de resultas de la enfermedad.

—Ahora si que se muere Don Ramiro, decía una vecina.

—¿Que le pasa?—saltó la otra comadre de al lado.

—¿No lo ves que se ha vuelto limosnero?

En efecto, á Don Ramiro le bullía algo por dentro que no acertaba á adivinar el conciliábulo de comadres del vecindado por más que se devanaban los sesos y celaban los pasos y operaciones de Don Ramiro.

Mas la curiosidad subió extraordinariamente de punto cuando una tarde vieron parar un coche á la puerta de Don Ramiro, cargar una maleta, y subir Don Ramiro; y no solo esto, sino que Pepito Triunfo se iba también con él.

—¿Adonde irán esos ouerpos?—gritó la figona de enfrente.

—A comprar un *altómovil*—respondió la otra que hacía media en la puerta.

—¿Don Ramiro?—replicó la de más allá —¡Sí! ¡Como no compre el caballo de San Franciscol...

Y dejando á los viajeros, tomaron por su cuenta á los demás vecinos, y á cuantas y cuantos pasaban por la calle, y no los soltaron mientras les quedó tira de pellejo por quitar.

## III

Han pasado bastantes años. Por la carretera van dos capuchinos llenos de polvo y sudor en el recio del verano con un sol de justicia que derrite las piedras, y fácilmente podrá conocerlos el que oiga como el más joven le dice al más viejo:

—Padre Ramiro, no vendría mal ahora el *altómovil* que decía aquella.

—Prefiero el caballo de mi Santo Padre que dijo la otra,—respondió el Padre Ramiro.

Y después de una larga pausa volvió á decir el joven:

—Padre Ramiro, ¿hacemos una cosa?

—¿Qué?—contestó el anciano.

—¿Tiramos los hábitos y echamos á correr?

—¡Calla, calla, tarambana?—replicó el Padre Ramiro,—que siempre serás el mismol... ¡Ni por todo el oro del mundo!

AMANCIO MESEGUER.

## SECCION INSTRUCTIVA

### Aquí como en América, y el liberalismo el mismo en todas partes.

Carta que el Obispo de Pasto (Colombia) dirige al clero de su diócesis al restituirse á su Sede después de los esfuerzos que los liberales y mestizos colombianos han hecho para arrancarle de ella.

¡VIVA JESUS!

Pasto, Octubre de 1905.

A mi amado y venerable clero:

Viril y enérgica ha sonado vuestra voz, verables sacerdotes, en son de protesta contra los insultos que han lanzado contra mí los enemigos de la Iglesia, y alta y robusta debe oírse también mi voz, para manifestaros mi cordial agradecimiento.

El año pasado, en este mismo mes de Octubre, dirigí una carta á numeroso grupo de distinguidos católicos, agradeciéndoles un escrito, que sacaron á luz, contra los insultos que entonces me dirigieron escritores liberales de Bogotá. Ahora esos mismos católicos, dando brillante prueba de constancia, han salido de nuevo á mi defensa con escritos que tienen alta significación en estos tiempos de errores, de flaquezas y apostasías, por la valentía con que en ellos se profesa la fé católica.

Bien merecían esos valientes católicos que otra vez me dirigiera á ellos de un modo directo; pero agradeciendo sus escritos como se merecen, he creído conveniente dirigirme á vosotros, amados coadjutores míos y ministros del altar, para manifestaros mi modo de pensar, ante los ultrajes que me han hecho los liberales del otro lado del Carchi y que han reproducido liberales de aquí.

### Saña de los liberales.

No he podido extrañar los insultos que lanza contra mí *El Grito del Pueblo*, de Guayaquil, ya porque no es la primera vez que lo hace, ya por las ideas antirreligiosas que con frecuencia se publican en ese periódico, ya también, porque se insulta al Papado en el mismo número en que se me insulta á mí. Sí; allí, en las columnas que preceden á los insultos que me dirigen los escritores de *El Grito del Pueblo* se canta en dos lenguas la *la magna fecha*, como dicen, *de la entrada en Roma por las huestes de Victor Manuel II*. Allí son ensalzados Mazzini y otros revolucionarios.

Allí aparecen grandes y héroes los enemigos y perseguidores del Papado, y era natural que allí apareciera empequeñecido y despreciado el que se gloria de ser defensor, en cuanto puede, de esa institución la más grande, la más sublime y la más benéfica que existe en la tierra.

Considero como elogios los insultos que lanza contra mí ese periódico, que insulta al Papado y ensalza á los enemigos de la Iglesia, y declaro que, si en vez de insultarme, me hubiera ensalzado, hubiera protestado en el momento contra lo que hubiera dicho á mi favor. No; no quiero elogios de los que insultan á Nuestro Señor Jesucristo; quiero estar siempre al lado de Jesucristo, y ser participante de los desprecios que se le hagan.

La saña con que el liberalismo me combate crece de día en día, y á manera que crece, sin yo buscarlo, me hace crecer á mí en honra y gloria ante los buenos, según las pruebas que éstos me dan de continuo con sus felicitaciones, aplausos y voces de aliento. Los liberales me han dado una importancia que yo, en mi pequeñez, jamás hubiera llegado á conseguir.

Han dado á conocer mi nombre por todos los extremos de la República, y aun más allá, pero, con gloria, vuelvo á repetir, ante los buenos hijos de la Iglesia, porque me han presentado siempre como intransigente é irreconciliable con los errores liberales, lo que constituye un verdadero elogio para un Obispo católico que, como *el Romano Pontífice, ni puede ni debe reconciliarse con el liberalismo moderno.*

### La persecución fiera causa de reacción.

Y los que me insultan no han comprendido, ó no han querido comprender, que no sólo me llenan de gloria con sus insultos, sino que avivan la fe de los buenos, sacan de su letargo á los que se iban volviendo algo indiferentes, y dan motivo á esas valientes manifestaciones de fe, contrarias á la propaganda de sus errores. ¡Cuántas adhesiones al Prelado en esos casos! ¡Cuántas confesiones públicas de catolicismo! ¡Cuántas protestas contra el error! Volúmenes hubiéramos podido formar ya de los escritos que nos han remitido en ese sentido, y ya sentimos no haberlo hecho, no para satisfacción nuestra, sino para gloria de Dios, y para ejemplo que aliente á otros.

Cada insulto ha sacado de su silencio á cientos y miles de católicos, y les ha hecho abrir la boca para hacer resistencia al error y defender la verdad. Tan notables han sido esas manifestaciones de fe, que, si los insultos no fueran un pecado en quien insulta, yo hubiera exclamado muchas veces diciendo: ¡Vengan insultos sobre mí, si de ellos ha de resultar tanta gloria para Dios y tanto bien para las almas!

### II

### Misión de paz del clero.

Es misión propia del sacerdote católico, y estamos nosotros llamados á procurar el reinado de la paz, pero nunca con el error ni con el mal. Debemos hacer rei-

nar la paz en las inteligencias inquietas, con la certeza de la doctrina católica; en los corazones azotados por las amarguras ó pasiones, con los consuelos de la Religión y observancia de la moral católica; en la familia, uniéndola con Dios y en el amor; en la sociedad agitada, inculcando á todos la respetuosa sumisión que se debe á la autoridad, y el estricto cumplimiento de sus deberes respectivos. Así debemos procurar la paz y llevarla á los individuos, á las familias y á la sociedad.

### Misión de guerra del clero.

Pero ¿quién no ve que es consecuencia de esa misión de paz del sacerdote católico la misión de hacer guerra á todo lo que pretenda turbar esa paz de Dios con errores y vicios? Por eso la vida de la Iglesia ha sido siempre vida de combate. Luchó en un principio con el judaísmo y paganismo; enseguida con los emperadores, que daban edictos contra los cristianos y los perseguían y mataban; á la caída del imperio, con los bárbaros; después, y sin cesar, con las heregías; más tarde, con la desastrosa Protesta; en el siglo XVIII, con los llamados filósofos; en todo el siglo pasado, con la falsa ciencia y la falsa política del liberalismo; y ahora, sigue en la lucha contra la revolución, y seguirá hasta que se dé el último combate y venga el reinado de la paz eterna para los buenos, sin temor de que jamás sea perturbada.

Es, pues, nuestra misión, como la de la Iglesia, misión de paz; pero es á la vez misión de guerra contra los errores contrarios á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Sólo la primera parte de nuestra misión es la que nos recuerdan constantemente ciertos hombres, á quienes convendría, para la realización de sus planes revolucionarios, que los sacerdotes, y mucho más los Obispos, callaran, *no se metieran en política*, como ellos dicen, y los dejaran propagar sus errores sin obstáculo alguno. Atacamos sus errores, y gritan, y nos presentan, y aun nos acusan, como perturbadores de la paz.

No; no está, ni puede estar prohibido hacer guerra al mal, ni se nos puede pedir que dejemos paso franco al error, ni que veamos con indiferencia el que se arranque la fe de los pechos católicos. El error y el mal existirán siempre; pero nunca debemos renunciar á arrebatarnos sus víctimas, á disputarles el terreno, á debilitarlos, á trabajar, sobre todo, para que jamás triunfen ni reinen.

### III

### Sufrimientos de la guerra.

Esa guerra al error y al vicio nos proporcionará grandes sufrimientos, porque ni el vicio ni el error se conforman con que se les combata, y se vuelven contra el que lo hace, como se vuelve la víbora contra el pie que la aplasta. *Veritas odium parit*: la verdad engendra odio. Por esa razón padeció Jesucristo para entronizar la verdad, y nosotros tenemos que padecer para sostenerla; pero, á pesar de eso, debemos decir con San Pablo: «No intentamos dar gusto á los hombres, sino á Dios, y recordar las grandes y magníficas promesas que hace Nuestro Señor Jesu-

cristo á los que padecen por causa de su nombre, y le confiesan delante de los hombres.

### Debemos hablar.

Sólo un miedo está permitido á los sacerdotes, y, sobre todo, al Obispo; el miedo que tuvo el gran Obispo San Hilario de Poitiers, y expresó con estas palabras: *Tengo miedo del peligro que corre el mundo, de la responsabilidad de mi silencio, del juicio de Dios.*

No tengamos otro miedo que ese de San Hilario. El miedo del peligro que corren las almas que nos están encomendadas; el miedo de la responsabilidad que nos puede caber por nuestro silencio, y el miedo del juicio de Dios, en el que se nos pedirá cuenta de si el error avanzó, de si el vicio prosperó, de si las almas se perdieron por nuestro silencio. Luevan, pues, insultos sobre nosotros, por hablar; pero librémonos de esa tremenda responsabilidad y de la terrible cuenta que nos pediría el Juez Supremo.

### IV

### Defensores del clero.

He visto que se ha nombrado una comisión para acudir á los tribunales de justicia y pedir se aplique el castigo que corresponda á los que me insultaron, con el fin de poner coto á las audacias de ciertos individuos.

Agradezco la buena intención de los que eso han pensado, pero no deseo se apele á ese medio, tratándose de mí, que perdono de todo corazón á los que me ofenden. Me repugna batallar, cuando puedo ceder sin faltar á mi conciencia, y sólo lucho cuando un deber de justicia ó de caridad me obliga. Además, he puesto siempre mi causa en manos de Dios, y me ha ido muy bien.

No rechazo, sin embargo, el que se defiende á mis sacerdotes cuando se les insulta y persigue, antes bien deseo y suplico en nombre de Jesucristo, Señor nuestro, á los buenos católicos que conocen y manejan con algún lucimiento nuestras leyes, que así como se forman otras Juntas piadosas, formen una *Junta de defensores de sacerdotes*, que estudie el mejor modo de defenderlos, y los defienda de hecho, siempre que haya justa defensa.

En los tiempos pasados, en que la fe lo inspiraba todo, no existía esa necesidad triste que indicamos, pero, hoy día, existe, desgraciadamente, porque con la falta de fe, ó disminución y falsificación de ella, que se va notando, se insulta con frecuencia al clero, y aun se llevan y traen no pocos sacerdotes á los tribunales, y se les aflige y contrista, unas veces sin motivo, porque se ha visto que han salido absueltos, con vergüenza de sus acusadores, y otras veces por faltas que, por las circunstancias que las acompañan, y aun consideradas en sí mismas, no se tienen en cuenta cuando se ven en otras personas. ¡Ay de los pueblos que persiguen á los sacerdotes! Están ya cercanos á la mayor ruina que les puede venir, como castigo que es la privación del sacerdote, privación que lleva consigo la privación del culto, de Sacramentos, de *Sacrificio*, de la Religión, en una palabra.

**Camino de la cruz.**

Concluyo ésta, como concluí la que escribí á mis íntegros católicos el año pasado, porque no hallo conclusión más propia, que más diga y mejor se venga cumpliendo. «Estoy dispuesto—decía—á seguir oyendo impávido ese *Tolle, tolle!* de los enemigos de la verdad, y sin ceder en una *coma*, espero también tranquilo el *Crucifige, Crucifige!* feroz clamoreo que llevó y clavó en la Cruz á la VERDAD, y que, desde entonces, se sigue oyendo, siempre que se enseñan las doctrinas de la VERDAD. No hemos de ser los discípulos de mejor condición que el Maestro.»

Así decía el año pasado, por este mismo mes de Octubre, y más que sabido es, que, desde entonces, no ha faltado contra mí el *Tolle, tolle!*, y que, hasta se oyó el *Crucifige, Crucifige!*; pero, no había llegado aún la hora.

Os bendice á todos, amados sacerdotes, vuestro Prelado, y queda de cada uno afectísimo siervo en Jesucristo,

† FRAY EZEQUIEL, Obispo de Pasto.

Hemos copiado entera esta edificante carta no obstante su extensión, para ofrecerla á la consideración de los partidarios de que se aplique en la política de España la doctrina de *el mal menor*.

Este documento, aunque dirigido al clero, nos muestra á todos palmariamente las consecuencias del hablar claro, y la necesidad de hacerlo á pesar de las consecuencias para evitar los males mayores consiguientes del silencio.

Dígalo la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, y la persecución religiosa de esta nación.

Allí los católicos buscando el *mal menor* y arrancar un pelo al lobo dejaron de resistir; esta condescendencia é inacción ha aniquilado las fuerzas católicas; y ahora el lobo engordado por los mismos católicos y sin echar cuentas de los pelos que le faltan, se arroja sobre el pescuezo de los católicos, y pelado ó con pelo se los engullirá y acabará con ellos.

Con ambos ejemplos piensen los católicos españoles que deben hacer: si pasarle la mano al lobo por el lomo y engordarle, ó dispararle cara á cara y luchar con él á ver quien puede más.

Hay que elegir entre la paz de Francia y sus desastrosas consecuencias, y la guerra con su *Tolle!* y su *Crucifige!* y su triunfo en lo alto de la cruz.

A. M.

**PENSAMIENTO**

La mejor puerta del entendimiento es el corazón.

Si no hubiera Mandamientos no habría pecadores.

A. M.

**VARIEDADES**

**¡A... GUA! ¡A... GUA!**

No se nos ocurre otra exclamación al leer el siguiente artículo de *El Imparcial*:

**LOS MENDIGOS A LA CALLE**

*Apatía general.—Falta de fondos.— Clausura de los Asilos.*

Los golfos y los mendigos que según recordarán nuestros lectores fueron recogidos por orden gubernativa, acogidos en escuelas y asilos, están amenazados de que les lancen á la calle de donde fueron retirados.

La causa de esto no es sino la falta absoluta de recursos para su sostenimiento. Según el gobernador civil es ya tanto más difícil atender á la manutención de estos desgraciados, cuanto que se deben 26.000 pesetas, entre ellas 4.000 sólo de pan.

Los establecimientos que desde hace meses vienen adelantando sus artículos con la esperanza de cobrarlos algún día, empiezan á retraerse y á desconfiar porque no ven medio factible de hacer efectivos sus créditos.

En un principio el Sr. Ruiz Jiménez recibió ofrecimientos de varios gremios y de otros elementos y particulares para contribuir al sostén de las escuelas y asilos, pero he aquí que esta es la santa hora en que nadie ha ingresado una sola peseta.

Y en esta situación, hallándose albergados 700 pobres en los asilos de la calle de Ataulfo y 195 golfos en las escuelas asilos, no hay solución al conflicto.

Los infelices, dentro de pocos días serán arrojados al arroyo cruelmente por la falta de caridad pública y de recursos oficiales.

El Sr. Ruiz Jiménez, no obstante, apoyado por el Sr. Moret, hará un último esfuerzo intentando la constitución de las Juntas caritativas de barrio para ver si puede dedicarse el 50 por 100 de lo que se recaude á la beneficencia domiciliaria y el otro 50 por 100 á los desgraciados de los asilos.

De otro modo no hay salvación para ellos ni para el vecindario, sobre el que caerá nuevamente la plaga de la mendicidad.»

«Y para ver tal situación

Se armó la gran revolución.»

que dicen en la zarzuela *La Gran Duquesa de Girolstein*.

Para llegar á esto despojaron á la Iglesia de nueve mil millones de pesetas con el pretexto de que los poseedores eran *manos muertas*, encargándose el Estado de

administrar ese dinero, y mantener las obligaciones de la Iglesia y los pobres, y ahora los echan á la calle, y para no echarlos la única solución que hallan es formar *Juntas caritativas de barrio*.

¡Vaya una gracia! De ese modo cualquiera se compromete.

Pero supongamos que los caritativos del barrio lo toman en serio, y dicen: No ha de pasar esto más; y forman á esos asilos un patrimonio que asegure á los golfos y mendigos su subsistencia. Ya tiene usted aquí otra vez las *manos muertas*, y de nuevo vendrían las *manos vivas* á encargarse con mil rimbombantes discursos y promesas del cuidado de los pobres.

¡Qué bonito!

Y lo más gracioso es que si le preguntan ustedes á *El Imparcial* sobre la desamortización dirá que fué una de las *conquistas del progreso moderno* (¡y tan conquistal); lo cual no obsta para que diga lo de que «sin la caridad pública no hay salvación para el vecindario, ni para los golfos ni mendigos,» y eso de *la plaga de la mendicidad*.

¡Es mucho tupé!

¡Ellos si que son plagal

A. M.

**PENSAMIENTO  
AÑO NUEVO**

Así como el bajel sube y baja surcando las encrespadas ondas, así la vida surca las oleadas del tiempo formadas por la sucesión de los años.

El bajel tiene un norte que le llevará á seguro puerto; la vida tiene el norte de la Cruz que la conducirá al puerto de su fin que es servir á Dios y gozarle.

Al empezar el año aseguremos el derrotero para no equivocarnos el puerto.

A. M.

**LA LECTURA POPULAR**

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada accionista tiene derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. y manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA**

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Calle 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.